"EL GATO NEGRO" O EL MODERNISMO

"Ahí me he ido dejando la vida", solía decir Andrés González Blanco, descontento de su tiempo perdido, al pasar por delante de "El Gato Negro", en la calle del Príncipe. Murió pronto, sin dejar tras de sí la obra a que su agudeza crítica, capacidad de lectura y entusiasmo literario parecían predestinarle.

Fueron muchos los escritores de esa misma generación -la modernista en sentido lato- que en el café ahora desaparecido se fueron también dejando la vida, las posibilidades inmediatas de una vida intelectual prometedora, sacrificada, sin sentir, en el ara absurdade una mesa de café, en constante tertulia, tarde y noche, desbordando horas muertas. Valle-Inclán y Benavente, que tantos y tantos cafés iluminaron con el fulgor de su presencia, incluido este "Gato Negro", del que fueron durante anos dioses penates; Valle-Inclán y Benavente, decimos, tenían vida más que bastante para no llegar a consumirla nunca, prodigándola, no ya en la obra, de riqueza inagotable, sino en la despreocupada actividad de la conversación, que, en definitiva, formó parte también de la obra misma de aquellos ingeniosos habladores. Del uno y del otro podría formarse -ello es sabido-, a más de un copioso anecdotario, todo un repertorio de improvisadas disertaciones sobre temas múltiples, si entre sus contertulios hubiese figurado alguno con vocación de Eckermann.

El primer día en que se sentó a una mesa de "El Gato Negro" el que esto escribe, llevado por Enrique se Leguina, excelente poeta de triste destino, para realizar nuestro vehemente y juvenil deseo de conocer a Valle-Inclán, fué justamente la tarde en que llegó a Madrid la noticias de la muerte de Rubén Darío, en su Nicaragua natal. Valle-Inclán le admiraba sinceramente, y había sidomuno

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA Archivo

MFA 19/1017

"EL GATO TERCERO O EL ANTIFASCIO

"Así se ha ido dejando la vida", solía decir Andrés Gonzá-
lez Blanco, descorazonado de su tiempo convulso, al pasar por dela-
te de "El Gato Negro", en la calle del Príncipe. Sólo pronto, sin
dejar tras de sí la obra a que su empresa aspiraba, desaparecía la
tura, entusiasmo literario parecía, prácticamente.

Tuvieron mucho los escritores de esa misma generación -la mo-
derniza en sentido lato- que en el café sobre desaparecido se
fueron también dejando la vida, las posibilidades literarias de
una vida intelectual prometedora, auroritaria, sin sentir, en el
sin sabiduría que mera se dejó, en constante terquedad, tanto, no
que, desaparecido bajo que tan. Vallejo-Indián y Cervantes, que tan
tos, tantos cafés literarios con el tiempo se quedaron, lo-
cutor este "Gato Negro", del que tuvieron durante años dosses pe-
ñeter: Valle-Inclán y Cervantes, noches, tenían vida más que bas
tante para no llegar a convertirse nunca, precisamente, no ya la
la obra, se quedara inexplicable, sino en la desproporcionada actividad
de la conversación, que, en su intrín, tomó parte también de la
obra misma de aquellos ingeniosos bailarines. Y si uno, por otro
podría formarse -ello es sabido-, a partir de noches amenizadas,
todo un repertorio de improvisadas discrepancias sobre cosas múl-
tiples, al entre sus contertulios hubiese figurado alguno con vo-
cación de Tokemann.

El primer día en que se asistió a una boda de "El Gato Negro"
el que otro cantido, llevado por su propia curiosidad, acaso pos
la de visita destino, para realizar nuestro venerable y pavoroso de-
seo de conocer a Valle-Inclán, que juntamente la tarde en que fle-
gó a saber la noticia de la muerte de aquel gato, en su fiesta-
na natal. Valle-Inclán le sentía [illegible], había sido una

de sus más fieles y constantes amigos. Profundamente conmovido, don Ramón se puso en pié, se descubrió, y posando su única mano sobre la mesa, comenzó a recitar el "Responso a Verlaine", lenta y solemnemente, escandiendo el verso, con el educadísimo oído que le era peculiar y el natural resabio de su conocimiento exacto de la métrica latina, tal y como él gustaba recomendar a poetas y actores:

"Padre y maestro mágico, liróforo celeste,
que al instrumento olímpico y a la sitinga agreste
diste tu acento encantador ..."

Hasta acbar, alzada la mano trémula, erguida la barbada cabeza de aire monacal, velados de emoción los ojos y la voz:

"...y huya el tropel equino por la montaña vasta;
su rostro de ultratumba bañe la luna casta
de compasiva y blanca luz;
y el sátiro contemple sobre un lejano monte
una Cruz que se eleva cubriendo el horizonte
y un resplandor sobre la Cruz."

Don Ramón se santiguó y con él su coro de amigos, y los parroquianos todos de las otras mesas, puestos ya en pié, automáticamente, por un mimetismo emocional a que, de seguro, no era ajeno el imperioso gesto de Valle-Inclán; de aquel extraño Valle-Inclán, autoritario y libertario en síntesis nada extraña a su paradójica y connatural manera de ser. Tales fueron las repentizadas exequias literarias de Rubén Darío en "El Gato Negro", y quizá al mismo tiempo de la propia escuela modernista, no en lo que tenía ésta de fecunda creación personal, sino de fugaz gusto de época. ¿No había dejado ya de ser Rubén Darío, modernista él mismo, en recreación continua?... Valle-Inclán ya no seguía el camino que le condujera a los primores formales de las "Sonatas" y "Cuento de Abril". Benavente había renunciado a vestir sus nuevas creaciones con las ajadas sedas de "La Princesa Bebé". Juan Ramón Jiménez emprendía, despegando del melancólico país de los primeros versos, su viaje de poeta recién casado, al mundo viginal de otra Lírica. Los modernistas dejaban la tierra mágica -con más esceno

de sus más leales y constantes amigos. Profundamente conmovido, don Ramón de pronto en pie, se desahoga, y poseído su único mando sobre la masa, comienza a revivir el "Napoleón é Verdaine", tanto y profundamente, escandaloso e irónico, con el, sucesivamente otro que le era peculiar; el irónico Tassara en un concertante amorío de metros latinos, tal y como el gaucho rodeando a pretas, se torea:

"Pero, ¿pequeño amigo, hasta no es cierto
que el inclemente olimpico y a la altiva agreste
hizo un acuerdo y contrato? ..."

Luego a gritos, alzada la mano viril, recorrida la barba cerrada de sus mancas, velados de emoción los ojos y la voz:

"...; huye el tiempo equino con la muerte a vuelta;
en rosada de ultimatum lucha la luna cuelta
le compasiva y clara luz;
y el astro coronado sobre un lagunar sombrío
sin otro que se alza, cubriendo el horizonte
y un resplandor entre é ...."

Don Ramón se sacudió y con el brazo de sangre, y los pañuelos todos de las otras mesas, pudoso ya en ... altoamarillento, por un milagro accidental a que, se sonrió, no ola cómo el imperioso genio de Vallé-Inclán, de aquel extraño valle-Inclán, autoritario y literario en ultimata mas extraño de aquella ... comunidad nacida ser. Pales lucían las respuestas-respuestas literarias de nuevo tanto en "el caso negro", y que se el último tiempo de la propia escuela motorinista, no en lo que tanto ... la ... expresión ... sino la fuerte gusto de ... no había dejado ... de ... tanto, mosaicos el mismo, en ... ... Valle-Inclán ya no sería ... como que ... a los primeros ... ... "Ramón ... ". Renovarle nada ... Vestirle una nueva ... ... que los ... zona ... ". ... ...

grafía que naturaleza- de jardines otonales, de lagos de azur y mares glaucos, de palacios de malaquita, de estrellas estupefactas, de boscajes con centauros y resonancias de minué... Algo de ese mundo de cuento o de abanico se transparentaba en la decoración de "El Gato Negro" que corrió a cargo, en parte al menos, de un pintor granadino, Enrique Marín, que se haría luego muy popular, más aún que con sus acuarelas de la Alhambra o de los aguaceros del Avellano, con los jeroglíficos que amenizaban la última página de algún diario o revista.

No sabíamos punttalizar al detalle la decoración modernista de "El Gato Negro", pero su estilo era precisamente ése, el que adoptaron otros decoradores de cafés y establecimientos públicos de todo orden, empezando por algunos "nines" -los primeros "cines"- de entonces, y los ilustradores de libros y publicaciones periódicas. Estaban de moda, reelaborados, los viejos temas de la luna, la mandolina, el esquife, Pierrot... Muchos cisnes, pavos reales, algún elefante, crisantemos. ¡Ah! Y nenúfares, o cualquier flor caprichosa de tallo muy largo. Todo eso era el modernismo, en la superficie de sus elementos ornamentales, más tantas otras cosas que enumerativamente contribuirían a definirlo: la misteriosa penumbra de Maeterlinck, los terciopelos patricios de D'Annunzzio, la magia del Sar Peladán, los violines de Verlaine, los trompetazos de Wagner, los carteles de Alfonso Mucha, el decadentismo de Wilde y de Lorraine, el arte escénico de Sada-Yacco, las "orientalerias" de Pierre Loti, los jardines de Rusinol; las primeras mujeres "fatales", fotografiadas por Reutlinger; "la libélula vaga de una vaga ilusión", las "almas de violeta", aquello tan expresivo de "Otono en el paisaje, Chopin en tu piano..."; las piedras engarabitadas de Gaudí, las hieráticas cordobesas morenoverdosas de Romero de Torres;el marqués de Bradomin; el bulevar, visto por Gómez Carrillo; Maxim's, la bailarina de los pies desnudos, las princesas que se

gráfia que naturalezas- de jardines oloneles, de jarros de amar y morad glosos, de pájaros de malaquita, de estatuillas estatuarias, de vbeos, de ríos centauros y resonantes de mujeres... Algo de ese mundo de duelto p de abanico se transparentaba en la decoración de "El dedo Negro" que escribí a renge, en parte al me nos, de un pintor granadino, Pedro Ariza, que es hoy día muy popular, más aún que con sus sonadas alas de la Alhambra o de los emperadores del valiano, con los jardinillos que amenizaban la última página de algún diario o revista.

No sabíamos pensar, por el tercio la "escuela modernista de "Zirkel-Bergen", pero su estilo era precisamente ése, el que adoptaron otros escritores de cría y estudiantes pintores de todo orden, encerrados por algunos "minas" -los primos "olas"- de entonces, y los ilustradores de libros y publicaciones periódicas. Paisajes de nada, paisajeroes, los vieja tanga de la luna, la mandolina, el sequito, Pierrot... Jardines ofanes, pavos reales, e aún elefantes, orientaremos, ¡sí! y nenúfares, o cualquier flor caprichosa de tallo muy largo. Todo eso en el decorativismo en la superficie ya que el modelo predominantes, más tardes otras cosas que enumeraremos cuando lleguen a nuestro tiempo. Ilustraciones para Dante, Poe, Verlaine, los poemas puríticos de D'Annunzio, la magia del Pr Paladan, los violines de Verlaine, los trompetazos de Rimbaud, los cuentos de Alfonso Roda, el decadentismo de Wilde y de Lorrain, el arte escénico de Bakst-Ricco, las "orientalerías" de Pierre Loti, los paisajes de Lunarol; las primeras mujeres "Ratelen", Lotoqualid vas por Sanlinger; "la Lirelula vaga de una vaga Ilusión", las "almas de violeta", aquel "Cuerno en el paisaje, Cuerpo en su piano..." Los dibujos sugerentes de Rassco, las ilustraciones cerebrales, maravillosas de Hassco, la lorrea; el morqué, la Lunarol; el Sulevaro, niñas por Ramón Casiñ; Maxim's, la Lorrain de los Jardines, los Jardines, los Jardines que se

enamoraban de un violinista y los archiduqpes que se perdían mar adentro en un yacht fantasma; los paraísos artificiales, Myrian Harry, "Els quatre gats", la Norah ibseniana en la vida real, Nietzsche en las traducciones de Sempere... Todo eso era el modernismo, e históricamente lo es. Mas ese ya desmontado escenario de "El Gato Negro", que en su denominación exhibía la ejecutoria de aquel movimiento, con alusión directa a los antepasados Poe y Baudelaire. Habría que hablar también del Nuevo Café de Levante, en la calle del Arenal. Pero ésta ya sería otra historieta y haría pensar al lector en la tópica nostalgia de los cafés que se cierran; que se cerraron antes, llegada que les fué su hora. Nada de eso. Lo patético de los viejos cafés es que en el agua quieta de sus espejos se han sumergido muchas vidas, [illegible]iones, fracasos, sombras ...

-.

monologo de un vrolinista ; los arcoiriqpes que se perdieg en
cuentos en un ,sólo tamaño; los perfiles sevillíes, "quien
sabe", "la puerta gris", la noche ibonima en la vida real, Mi
-tesada en las bruscoiranegrs tempera... todo sea era el mono-
sinno, o burcirlcenente lo es. Así sea ya casonmuro casanelo
de "I fase Nerte", que es su denominación exhibía lo elegantoe
de aquel cuvinnin.o, con sinuosa alrecta a los arsqueados Tos
Murafiles. Murie que a otra cantiem del Nave Sala de levante,
en la sala del Mural. Pero esta ya nerie esta ultrirata, ha-
ría pensar al lector, la tierra muy vis la los cerie que se
olarera; sus cortesen bates, lejos que tocline en lene. Ha-
ga se que la pecoroo de los vrejs, cerda es que el sepa pie
se de una segion es nas sabes los mondo vrolinistas, ira-
cason, cumuiza ...